

OBISPADO DE QUILMES



AÑO SANTO DE LA REDENCION

"Año Sinodal  
Diocesano"

Y Eucarístico

MENSAJE-HOMILIA PARA LA APERTURA DE LA  
C A M P A Ñ A " A D V E N I A T ' 8 3 "

*Enviada el 19/10/82  
para su traducción*

Hermanos:

1. El Adviento de un continente

El Papa Juan Pablo II insiste en que vivamos los próximos años con el espíritu de un prolongado Adviento, en preparación al 3er. milenio del cristianismo. Su lema para el Año Santo de la Redención: "¡abran las puertas a Cristo!" expresa con fuerza las ansias contenidas en el corazón del Santo Padre.

En el futuro de nuestra América Latina aparece aún otra fecha jubilar, que nos llena de un suspenso gozoso ante la manifestación del Salvador: 1992. Para nosotros ese año marcará medio milenio desde los comienzos de la evangelización.

Los obispos reunidos en Puebla valoraron así tal tarea pastoral, de gran envergadura (n.9):

"La obra evangelizadora de la Iglesia en América Latina es el resultado del unánime esfuerzo misionero de todo el pueblo de Dios. Ahí están las incontables iniciativas de caridad, asistencia, educación y de modo ejemplar las originales síntesis de Evangelización y promoción humana de las misiones franciscanas, agustinas, dominicas, jemitas, mercedarias y otras: el sacrificio y la generosidad evangélicas de muchos cristianos, en los que la mujer, con su abnegación y oración, tuvo un papel esencial; la inventiva en la pedagogía de la fe, la vasta gama de recursos que conjugaban todas las artes desde la música, el canto y la danza hasta la arquitectura, la pintura y el teatro. Tal capacidad pastoral está ligada a un momento de grande reflexión teológica y a una dinámica intelectual que impulsa universidades, escuelas, diccionarios, gramáticas, catecismos en diversas lenguas indígenas y los más interesantes relatos históricos sobre los orígenes de nuestros pueblos; la extraordinaria proliferación de cofradías y hermandades de laicos que llegan a ser alma y nervio de la vida religiosa de los creyentes y son remota pero fecunda fuente de los actuales movimientos comunitarios en la Iglesia latinoamericana".

Nos encaminamos, entonces, hacia el final de nuestro siglo y milenio "aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo" (ver Tito 2,13).

Lo hacemos pasando por ese 1992 que nos obliga a evaluar cinco siglos de evangelización de un continente con su historia y con su cultura. Pero también nos depara la oportunidad de proseguir nuestro itinerario continental transmitiendo la fe recibida, con el calor humano alimentado por centurias de sufrimientos y alegrías compartidos fraternalmente.

En algunas diócesis nos preparamos a la celebración jubilar de 1992 con un novenario de años. Nuestro pueblo suele prepararse a sus fiestas patronales con novenas intensamente participadas. Le damos a este hábito tan arraigado una dimensión de años. El paso del Señor de la historia por nuestro continente en 1992 ha de ser esperado con verdadera expectativa comunitaria. Y ha de ser preparado, con

una más sincera conversión de los corazones y una renovación verdaderamente pascual de todas las comunidades.

Al dirigir mis palabras a los católicos alemanes en esta apertura de la "Campaña de Advéniat '83" quisiera irradiar un poco esa vibración del Adviento de todo un continente. El documento de Puebla se cierra, como con broche de oro, con este testimonio esperanzador (n. 1309-1310):

- "A Dios gracias, actualmente, hay mucha vitalidad evangelizadora en nuestro Continente:
- Las comunidades eclesiales de base en comunión con sus Pastores
  - Los movimientos de apostolado seglar organizados como matrimonios, juventud y otros.
  - La conciencia más aguda de los seglares respecto de su identidad y misión eclesial.
  - Los nuevos ministerios y servicios.
  - La acción pastoral comunitaria intensa de los sacerdotes, los religiosos y las religiosas en las zonas más pobres.
  - La presencia de los Obispos cada vez mayor y más sencilla entre el pueblo.
  - La colegialidad episcopal más vivida.
  - La sed de Dios y su búsqueda en la oración y contemplación a imitación de María que guardaba en su corazón las palabras y hechos de su Hijo.
  - La conciencia creciente de la dignidad del hombre en su visión cristiana, son otros tantos signos de esperanza y alegría para quien esté inmerso en el misterio pascual de Cristo y sabe que solamente el Evangelio vivido y proclamado, a imitación de El, lleva a la auténtica y total liberación de la humanidad: "Ningún otro nombre fue dado a los hombres en el cual pueden ser salvos sino el nombre de Jesucristo".

"El es plenitud de todo el ser. Sólo en Cristo el hombre encuentra su alegría perfecta".

2. Los pobres volverán a alegrarse en Yahveh

Estas palabras proféticas (Isaías 29,19) iluminan con resplandores de vida el cuadro sombrío de vastos sectores sociales de nuestra América Latina. La Argentina ya no puede preciarse de vivir fuera de ese cono de sombras y atraviesa un momento histórico particularmente difícil.

Me basta aludir a lo que constatamos en nuestra diócesis de Quilmes, en el breve período de sus siete años de existencia. Soy un obispo argentino de una zona duramente probada por la represión de las fuerzas de seguridad. Vengo de una geografía en que los secuestros de personas, en horas de la madrugada, eran frecuentes, con la fática rutina de la violencia que sembraba el terror. Vengo de una diócesis en que ahora mismo subsiste en muchos hogares la terrible pregunta: ¿dónde llevaron al hijo, a la hija, al marido, a la mujer, al padre, o a la madre? ¿Qué pasó con esos seres queridos? ¿Habrán sobrevivido a las torturas? ¿Han sido ejecutados ocultamente, sin posibilidad de defensa, sin el consuelo de un último adiós a la familia?

A la vista de la agonía que en muchas casas se prolonga por cinco, seis y siete años cunde, en la conciencia social de nuestro pueblo, el eco de la Palabra de Dios, exigiendo verdad, justicia, misericordia. Vuelve a resonar la advertencia bíblica: "Cuando se aplasta bajo el pie a todos los cautivos de un país, cuando se distorsiona el derecho de un hombre en la presencia del Altísimo, cuando se causa injusticia a un ser humano en su proceso, ¿el Señor no lo ve?" (Lamentaciones 3,34-36).

Vengo de una diócesis en que el trabajador ha experimentado en carne propia el avance de la prepotencia del egoísmo instalado en el corazón de un núcleo de hombres que se arrogaron la plenitud del poder para dominar y humillar a sus hermanos.

Como Obispo he sido testigo de la indefensión total de la clase trabajadora; de los salarios congelados, mientras los artículos de la canasta familiar subían con la espiral inflacionaria; de los despidos masivos; del cierre de fábricas, causando la desocupación de miles de hermanos nuestros sin ninguna cobertura previsional; de la subocupación, que obliga al hombre y a la mujer a ofrecer sus horas de trabajo a cambio de una retribución irrisoria.

También aquí cobra vigente actualidad la denuncia del profeta: "venden al justos por dinero, y al pobre por un par de sandalias; pisan contra el polvo de la tierra la cabeza de los débiles y desvían el camino los humildes" (Amós 2,6-7).

Vengo de una diócesis en la que miles de núcleos familiares han hecho la terrible experiencia del hambre. ¡Sí: en la Argentina, uno de los graneros del mundo, muchos argentinos han sufrido y siguen padeciendo hambre! "Dicen ellos a sus madres: ¿dónde hay pan?" (Lamentaciones 2,12): este grito desgarrador ha sido de la garganta reseca de muchos niños de nuestra diócesis.

Vengo de una diócesis cuyos jóvenes han debido marchar, en abril de 1982, a la remota geografía del Atlántico Sur. Jóvenes, víctimas de la locura de la guerra. Me encuentro con madres que no llegan a consolarse ante la decisión absurda de un régimen que privó de vida, de salud a sus hijos.

En verdad nos encontramos ante un cuadro de desolación, de tristeza y de pobreza. No la naturaleza, que el Creador dotó en nuestra Argentina con casi infinitas posibilidades de subsistencia y de progreso; sino el pecado del hombre sembró de enfermedad y de muerte un pueblo sano y bueno. Los idólatras del poder y del dinero prefirieron, con mezquina ambición, sacrificar la felicidad de sus hermanos, antes que compartir cristianamente derechos y bienes a que pueden aspirar todos legítimamente.

El Adviento es un tiempo privilegiado para la esperanza. Un tiempo que suscita y alienta una expectativa incontenible de superación de los males, de participación en la felicidad que Dios ofrece con providente amplitud a todos los seres humanos.

También nosotros abrigamos estos sentimientos de esperanza, con el suspenso gozoso ante la reiterada manifestación del Salvador. Por eso adquiere vigor inusitado el pregón profético:

"Dirán aquel día los sordos palabras de un libro  
y desde la tiniebla y desde la oscuridad  
los ojos de los ciegos las verán.  
Los pobres volverán a alegrarse en Yahveh,  
y los hombres más necesitados se regocijarán  
en el Santo de Israel.  
Porque se habrán terminado los tiranos,  
se habrá acabado el hombre burlador,  
y serán exterminados todos los que desean el mal:  
los que declaran culpable a otro con su palabra  
y tienden trampas al que juzga en la puerta,  
y desatienden al justo por una insignificancia".  
(Isaías 29,18-21)

3. "¿ERES TÚ EL QUE HA DE VENIR?"

Resulta muy comprensible que, ante situaciones tan contradictorias, surgiera en las conciencias de individuos y familias una pregunta similar a la de Juan el Bautista. El Precursor de Cristo, en la cárcel, volcaba su estado de ánimo en este interrogante: "¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?" (Mateo 11,2-3).

En estos años muchos discípulos de Cristo, iniciados en él por el bautismo y la eucaristía sintieron que la injusticia sufrida a manos de otros cristianos les hacía planteos angustiosos. ¿Con quién está Cristo, con el que ostenta públicamente profesión cristiana y luego castiga, con poder dictatorial, a sus conciudadanos? ¿O está con el encarcelado, con el condenado sin proceso ni sentencia; con el desocupado, impotente para poner el pan sobre la mesa familiar?

Jesús resolvió la duda de Juan remitiendo a sus hechos maravillosos de salvación a favor del enfermo, del pecador y del pobre (ver Mateo 11,5). Palabra y gesto solidario: una conjunción que exige la coherencia del Evangelio también a los seguidores de Cristo (ver Marcos 16,14-20).

Puestos frente al autor y consumidor de nuestra fe nos interpelamos con sencillez y sinceridad: ¿hemos evangelizado con fidelidad en estos años difíciles, proclamando el mensaje y agregando el testimonio de un servicio humilde y valiente? La respuesta no resulta fácil y sólo podrá darse verazmente al tomar distancia de los acontecimientos.

Aquí sólo cabe reseñar, sin entrar en detalles, las actitudes concretas que hemos asumido frente a los requerimientos de la angustia de nuestros hermanos. Formamos la Comisión diocesana de Justicia y Paz, cuya trayectoria ha sido fecunda en el acompañamiento de los familiares de detenidos y desaparecidos. A la vista de los atropellos cometidos contra la dignidad de la persona humana hemos denunciado los excesos, anunciando simultáneamente la solidaridad fraterna nacida del misterio de la encarnación. Más que con palabras, nuestro anuncio se expresó en gestos de consuelo, de oración, de asistencia caritativa y legal. Hemos ofrecido, en la Iglesia diocesana como institución, un lugar de refugio y de encuentro, como en las épocas más aciagas de barbarie y violencia registradas en la milenaria historia del cristianismo.

Hemos defendido la causa de la paz en la triste aventura bélica del Atlántico Sur. Hemos proclamado decididamente la causa de la paz en los momentos de mayor peligro de ruptura con nuestros hermanos de Chile.

Para ofrecer un servicio de presentación ante las autoridades a favor de los trabajadores, desprotegidos totalmente en esos años, nació en la diócesis la Vicaría de Acción Social. Ha sido y sigue siendo un ambiente de diálogo con los integrantes del mundo del trabajo en nuestra zona, defendiendo la justicia y promoviendo sobre ella, la paz social.

Cuando el fantasma del hambre se adueñó de muchos hogares organizamos una acción en vasta escala para aliviar el drama de los niños desnutridos. Ante la indiferencia oficial que invertía los impuestos en obras faraónicas y en armamentismo, apelamos a la caridad cristiana de nuestros fieles.

Pudo desarrollarse la "Campaña de la Solidaridad" llevando alivio a 30.000 personas pertenecientes a 6.000 núcleos familiares gracias a la ayuda de pobres y de pudientes. La caridad cristiana tendió y sigue tendiendo las mesas en las parroquias de las "ollas populares".

Esperamos que muy pronto, con el acceso al poder de hombres elegidos por los ciudadanos, se supere esta emergencia que nos duele y humilla como nación. Entretanto agradecemos a Dios las maravillas obradas por su gracia, precisamente en medio de esta prueba.

Agradecemos haber inspirado gestos grandes de desprendimiento, que denotan una auténtica libertad cristiana. Como la de ese matrimonio que renuncia al viaje a Europa preparado durante años y entrega el ahorro de los 5.000 dólares íntegramente a la "Campaña de la Solidaridad". O el de esa persona mayor y pobre, que entrega para la misma acción un mes de su jubilación.

El testimonio del Apóstol revive en las comunidades de nuestra diócesis: "pese a las grandes tribulaciones con que fueron probadas, la abundancia de su gozo y su extrema pobreza han desbordado en tesoros de generosidad. Puedo asegurarles que estaban dispuestos a dar según sus posibilidades y más todavía..." (2 Corintios 8,2-3).

4. "¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!"

Este grito del corazón de Pablo me inspiró en el primer mensaje dirigido a la diócesis el día de mi ordenación episcopal, el 19 de setiembre de 1976. Constató ahora, con alegría, que el primer Sínodo diocesano, en su última sesión, finalizada el 18 de setiembre pasado (17 años exactos desde mi ordenación, que significó el comienzo de la vida diocesana!) ha pedido insistentemente que la diócesis fuese declarada "en estado de misión".

El mensaje de la asamblea sinodal a la comunidad diocesana se cerraba con esta invitación:

"Sigamos caminando todos juntos, comprometiéndonos; sepamos recibir y hacer fructificar este don de Dios que ha sido generoso y misericordioso colmado la pobreza de nuestros esfuerzos.

Ya estamos, gracias a Dios, en camino. Siempre debemos marchar en comunión. Ayudémonos a buscar a los que se han extraviado, a los que por dolor han caído vencidos, a los que han perdido la esperanza, a los que aún no han recibido la PALABRA DE DIOS.

Dios necesita de nosotros para llegar a todos sus hijos. Seamos misioneros del Pueblo de Dios".

Y en la "Declaración sobre lo social" aprobada el día de la clausura, los Sinodales hacían saber a la opinión pública la voluntad de la diócesis de proclamar y testificar con decisión y fidelidad el Evangelio de nuestra salvación. Expresaban también el firme propósito de "no renunciar a lo más auténtico de nuestro ser nacional, que nos une a nuestros hermanos latinoamericanos y nos enraíza con la fe en Jesucristo que nuestros mayores no han transmitido".

Y al mencionar América Latina, en este Año Santo de la Redención, necesariamente nos detenemos en Tlaxcala (México), sede del 2o. Congreso Misional Latinoamericano. Nosotros asumimos prontamente las Conclusiones y Recomendaciones de esa magna asamblea eclesial, que abrió aun más el corazón de las diócesis del continente a las dimensiones del mundo.

Nuestro Adviento y Navidad despiertan en nosotros el deseo de que la Palabra de Dios nos penetre más profundamente a nosotros mismos. Pero también reclaman de nosotros el servicio de la evangelización a todos los ambientes, a todas las culturas y a todos los pueblos. Con la animación del Espíritu Santo queremos ser fieles al mandato de Cristo: "vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos..." (Mateo 28,19).

Como obispo no debo abrigar otros sentimientos que los que el Apóstol expresaba a los presbíteros de Efeso: "Poco me importa la vida, mientras pueda cumplir mi carrera y la misión recibida del Señor Jesús: la de dar testimonio de la Buena Noticia de la gracia de Dios" (Hechos 20,24). No puedo ignorar lo que el mismo Pablo escribía a su discípulo: "El Espíritu que Dios nos ha dado no es un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de sobriedad. No te avergüences del testimonio de nuestro Señor...." (2 Timoteo 1,7-8).

5. **El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!**

Ante la gradeza de la misión que nos ha sido confiada nuestras rodillas, como las del Apóstol (ver Efesios 3,14) se doblan reverentes, implorando la luz y la fuerza de lo alto. Nuestra reflexión se transforma en oración confiada y ardorosa, implorando la nueva manifestación de Mesías a la humanidad.

En nuestra diócesis rezamos una súplica, de Adviento para estos tiempos difíciles, de la que transcribo tres estrofas:

Es la Iglesia quien nos dice, cual tierna y sabia Maestra,  
que tú continúas llegando, no te cansas de venir:  
en los hogares sin techo; y en el hombre sin trabajo;  
en el hermano quebrado y en los cuerpos sin salud;  
en los jóvenes privados de sereno porvenir  
y en nuestros niños clamando por un pedazo de pan.

Eres Tú quien nos recuerdas en cada día tener  
mil ocasiones preciosas de cruzarnos en la calle  
con tu figura de pobre, de migrante y de menor,  
dando golpes a la puerta de todo cristiano hogar.  
Quieres franquear nuestra entrada y asomarte al interior  
para entregarnos tu vida, mientras te damos el pan.

Danos tu Santo Espíritu, para la reconciliación  
que no se vaya en palabras, que haga gestos de amor.  
Que al invitar a los brindis, arde en nosotros la sed  
de justicia, de trabajo, de libertad y de paz.  
Que al entonar villancicos le prestemos atención  
al elocuente silencio de la inmensa multitud".

¿Podríamos olvidar, en este Mensaje de Adviento, a Santa María? No: es de rigor mencionarla, después que Dios la quiso tener de colaboradora. Es necesario invocarla, pues lo hace la Madre Iglesia en su liturgia.

Por eso sello con una insistente plegaria, tomada de un texto de nuestro cantoral popular, mis pobres palabras de obispo misionero:

"Fuiste una chica humilde, creyente y pura,  
fuiste la que esperaba al Salvador,  
fuiste el surco abierto, fuiste el Si a Dios,  
cuando el amor divino te fecundó.  
.....  
Fuiste a Belén, madura del Fruto santo,  
y por ser de los pobres, nadie te abrió.  
Fuiste la que alumbraste nuestra noche y dolor  
cuando la Luz del mundo de Ti nació..."

+ Jorge Novak  
Padre Obispo